



EDITORIAL

En la Iglesia, al viento del Espíritu

Este número de retiros se centra en los Hechos de los Apóstoles, haciendo una selección de textos y episodios sugerentes en la actualidad, y válidos como pauta para la reflexión. Con ello pretendemos ayudar a la vida religiosa a que ore y oremos desde las situaciones y desafíos que estamos afrontando hoy como Iglesia de Jesucristo. La Palabra de Dios en los Hechos nos lleva a revestirnos de la fuerza de lo alto en momentos de dificultad. En esas situaciones el Espíritu lleva a la Iglesia a experiencias de que Dios no es un leñador que hace leña del árbol caído. Es un viñador que poda para que la viña dé fruto abundante.

Estos esquemas de retiro nos ayudarán a vivir al viento del Espíritu, acogiendo el encuentro con Jesucristo. Hagamos de ese encuentro una experiencia mística, que nos toca el núcleo del propio corazón; una experiencia teológica, que supera la piedad y la devoción, proyectándonlas. Una experiencia ética, no centrada en valores, sino en el seguimiento de la persona. Una experiencia que se proyecta en la compasión con los sufrientes de la historia, y en comunión con todos los seres humanos... hasta llegar a vivir con “los mismos sentimientos de Jesús” (Flp 2, 5). Una experiencia que se proyecta en la misión, porque no se puede callar lo que hemos visto, palpado y escuchado respecto del Verbo de la vida (1Jn 1, 1).

La Iglesia no somos un grupo de personas piadosas y honradas, sino la comunidad de los que creemos en Jesús, esperamos en él, lo amamos y aceptamos como único Señor y Salvador. Particularmente en situaciones de crisis, personales o institucionales, el libro de los Hechos nos invita a escuchar el evangelio del amor, la oración, la esperanza.

– **Amemos...** a Jesús con fuerza. Pidamos poder sentir hambre de él. Deseémoslo como el drogadicto desea su dosis. Que él sea nuestro gran amor. Vivimos, amamos, porque Dios nos está amando. Podemos crecer en el amor, porque Dios nos está amando más. Dejémonos amar, para que amemos a las personas en las que Dios se refleja. Que cada ser humano que se acerca a un religioso/a se sienta acogido, afirmado, celebrado. Cada encuentro, una fiesta, un gozoso reconocimiento de la persona. Alimentemos los más grandes deseos de presencia, amistad, comunión, entrega, servicio.

Amate a ti mismo/a, con humildad y compasión, con alegría y reconocimiento. Amate a ti mismo/a como Dios te ama, para que puedas irradiar amor. Que te sientas cariñosamente mirado, afirmado, celebrado. Si no te amas porque no sabes aceptarte, transmitirás amargura. La raíz de la no aceptación, del no amor, es la soberbia, la envidia. Amate dinámicamente, porque aún no eres todo lo que estás llamado/a a ser.

– **Oremos...** La oración siempre surge del anhelo, de la necesidad, del amor. Solo donde hay deseo y esperanza, donde hay hambre y sed, donde hay ternura y pasión, donde hay gozo y entrega, puede haber oración. No sabe orar el que no ama. No cree en la oración el que no espera. No reza el que solo confía en sí mismo. Oremos siempre y en todo lugar como nos salga del alma... Para agradecer, para expresar nuestro amor. Oremos desde el sufrimiento que padecemos en la Iglesia, convirtiendo nuestra oración en gemido, y en comunión con los que más sufren en ella. Oremos desde nuestra debilidad, para sentir la fuerza que nos viene de lo alto.

Orar es vivir la propia vida en forma atenta y consciente desde Dios. Ahí, nuestra vida recobra impulso, esperanza, libertad, anhelo de justicia y fraternidad, capacidad de decisión y sufrimiento, responsabilidad, alegría... para vivir dando vida. La oración es el arma de los débiles, el suspiro de los que sufren, el anhelo de los que aman. Convirtamos en oración nuestro trabajo y nuestro descanso, nuestro dolor y nuestra alegría, nuestros deseos y esperanzas, nuestros amores y vacíos, nuestras palabras y silencios, nuestra vida. La oración es la expresión ardiente de un deseo de presencia. Necesitamos sentir la presencia de quien nos acompaña siempre, al pasar por la noche oscura, al sufrir y llorar...

– **Esperemos...** Revistémonos de paciencia y confianza. Confiar es avanzar en la noche, el temor, la angustia. El sembrador siembra generosamente y aguarda confiadamente. Experimentamos dificultades a nivel personal o comunitario, a nivel eclesial y social. Somos hombres y mujeres de esperanza. El Espíritu, que impulsó y orientó la vida de las comunidades en los Hechos, sigue hoy presente en la misma Iglesia.

La esperanza nos despierta de la apatía e indiferencia. Destruye gérmenes de resignación que corroen, y combate la atrofia espiritual de los satisfechos. En toda esperanza hay algo de realidad deseada, porque adelanta lo esperado. En la vida cristiana, en la vida religiosa, la esperanza es un activo necesario para enfrentar los grandes problemas.

En la fuerza del Espíritu que nos lleva hoy a acoger la buena noticia del amor, la oración y la esperanza, estamos reafirmando lo primero en nuestra vida consagrada: darle vida al Evangelio. Derramar días y fuerzas en buenas dosis de amor y evangelio. Ahí estaremos dándole credibilidad a la vida de la comunidad creyente. Y seguimos orando porque Evangelio e Iglesia de Jesús lleguen a ser sinónimos en espíritu, en doctrina y en práctica.

